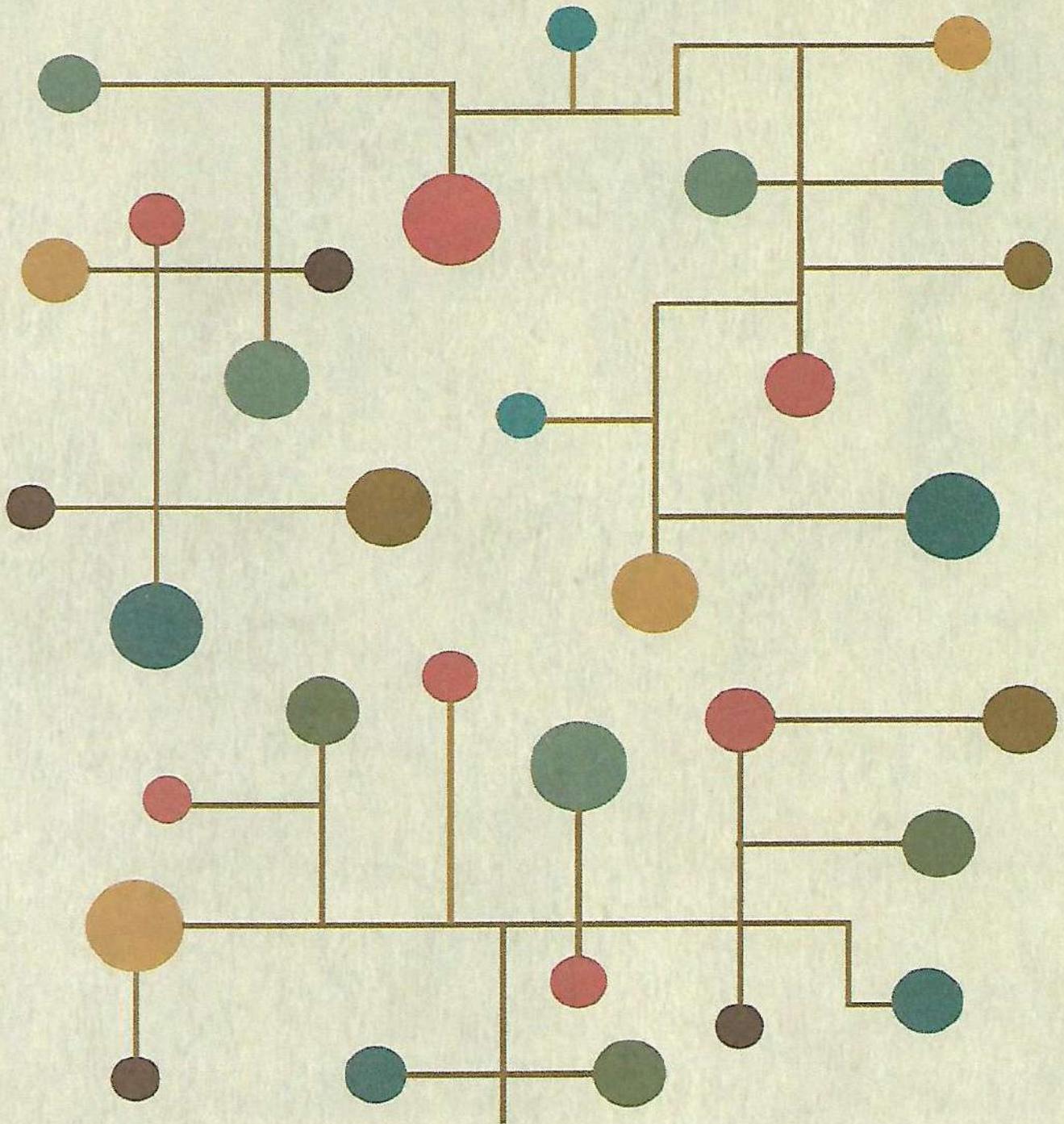


anáfora

creación y crítica



marzo 2019

n.º 16

dan nuestra levedad y componen la vida de todos: «Hoy ya es domingo;/ hoy, desde el suelo, entre el abatimiento / y la esperanza, todos nos miramos / con esa cara de hoja cenicienta / recién caída al suelo del asfalto / así, de un soplo de aire / otoñalmente / frágiles» («Domingo», p. 23).

Esos momentos cotidianos nos recuerdan lo lejos que una vez huyeron nuestros sueños, como en «Tarde de invierno» (p. 27), de sabor machadiano, con esa introspección y el silencio a los que nos conducen esas tardes que parecen no terminarse nunca: «Acuéstate y descansa: no vayas a pisar / los sueños que te miran / desde el suelo».

Sin embargo, a pesar del tono melancólico del poemario, Daniel Fernández demuestra creer en los infinitos caminos que abre la creación poética. Es posible gracias a la poesía dar otro final a nuestra historia, recrear lo vivido y, al recrearlo, imaginarlo distinto. La poesía es el tesoro escondido que nos lleva a otros horizontes donde la tristeza y la palabra construyen un nuevo mundo: «Tus labios silban sílabas de beso / un beso que no sé si nos daremos / que es tuyo en tu silencio / y mío en mi recuerdo» («Nuestro beso», p. 31).

ISABEL MARINA

Crudeza

Mario Pérez Antolín

Trea, Gijón, 2018

Me sorprende muy a menudo descubrir en otros libros ideas casi propias, con las que he estado tratando de lidiar durante meses, y que, sin pretenderlo, se me dan ya hechas, cerradas con naturalidad, masticadas. Tras *Oscura lucidez*, Mario Pérez Antolín (1964) apuesta de nuevo en *Crudeza* por combinar

géneros y fusionar, en tono lírico, el aforismo con las observaciones de la vida cotidiana, la descripción de ensoñaciones con los párrafos filosóficos y el espíritu argumentativo. Moldeado como un diario, el primer precepto del libro ya hace referencia a esa amplitud de miras: «Mis aforismos son como miniaturas en un cajón inmenso». Pérez Antolín pone su esfuerzo en ir contra el pensamiento convencional y plantea la escritura como arma arrojada, capaz de levantar acta crítica de toda corriente imperante. *Crudeza* remite a la brasa viva, a abrir con bisturí la llaga de las ideas compartidas y desmembrar certidumbres. Por ningún tema pasa de puntillas, aunque ponga cierta voluntad confesional: «Me están asesinando los errores propios y los ajenos. Se pegan a mí igual que una mala noticia a los destinatarios».

Pérez Antolín se diferencia de muchos otros aforistas, entre otras cosas, por esto: hace personal el mensaje. Nos hemos acostumbrado a un aforismo menos salvaje y más estético, más para el aplauso y el deslumbramiento que para la sinceridad. Por debajo de estos textos, en apariencia inconexos, subyacen ideas con un fondo común bien estructurado y complejo, la base a todo un calculado sistema de pensamiento. Aunque la escritura se manifieste aforísticamente, los hilos quedan secuenciados en un armazón estable, en una red que se nutrirá de sucesivas membranas y de nuevas capas de pintura, según avancemos en la lectura. Es bueno dejar reposar la propia experiencia, no envenenarla de actualidad, sacrificar su naturaleza impulsiva y renunciar, aunque sea en parte sólo, a su presente. Y el pensador aforístico (Pérez Antolín lo es) debe tejer una red y poder suspender el tiempo de su época.

Más comedido en su ironía que en otros libros precedentes, esta es sustituida en

Crudeza por el desencanto y la acidez. «La escritura —dirá— es un declive. Ninguna palabra mejora a la anterior. Con cada frase se va estrechando el sentido o abigarrando el estilo. Ponemos punto y final para no caer en el infierno del lenguaje». Por *Crudeza* pasan aspectos de la fe, posicionamientos políticos y literarios. Y el lenguaje es motor de construcción la realidades: «De nada sirve comprender la realidad si antes no has deletreado cada una de sus apariencias». Preguntas retóricas, indagaciones filosóficas, metapoésia; de todo hay, aunque gane el tono diarístico. Admito mi preferencia por los pasajes que se ajustan al dominio de la brevedad, por esos que consiguen despejar en un par de líneas toda una filosofía de vida: «El escritor minoritario se conforma con el aprecio de un público selecto. Quiere admiradores admirables». O este otro: «Todo se reduce a la búsqueda del momento oportuno. Esta facticidad temporal condiciona siempre lo puesto, lo expuesto, lo impuesto y lo supuesto». Para modernizar la literatura emprendemos modelos de concisión. No hacen falta ya muchas páginas para generar controversia, hacer pensar, provocar la duda reflexiva y acompañar perplejidades. En *Crudeza* la anotación es lo crucial y Pérez Antolín la apuntala rauda y diligente, su deber es situarse en la acción, aunque sea como registro de un suceso o de la mirada: «Soy el que anota. Me limito a observar, comprender y dejar constancia de lo cierto antes de que se tergiversen».

Los temas son variados, a veces se inclina por el debate social y por entrar en ciertas materia de manera directa; otras, por las parábolas y el microrrelato. Lo sustancial es conferirle personalidad a la opinión propia, introducirla en la realidad textual. Y, al margen de la extensión, incitarnos a indagar en

los recovecos de la realidad y rasgar la túnica de la evidencia. Lo que Pérez Antolín escribe se desenvuelve con agudeza entre la intuición y la racionalidad, entre la sorpresa y el ejercicio analítico. Hechiza por la lucidez, por su libertad expresiva y por su sentido útil de la experiencia. Un escritor entregado incondicionalmente al oficio de transformar su sabiduría en verdad y belleza.

AITOR FRANCO

La chica de amarillo

Juan Domingo Aguilar

Esdrújula Ediciones, Granada, 2018

En el caso del primer libro de poemas de Juan Domingo Aguilar (Jaén, 1993) los dos prólogos que anteceden a *La chica de amarillo* se hacen innecesarios. Cuando comienzas el libro cada poema se explica a sí mismo y reluce por su cuenta. Un lector acostumbrado a la poesía encontrará aquí poesía fácil de entender, muy cercana a las experiencias vitales comunes de los jóvenes de hoy día y muy consciente de la realidad que le rodea. En la primera parte del libro, llamada igual que este, Juan Domingo construye una historia a través de sus poemas en versículos sin apenas puntuación, una historia de amor cuyo final conocemos desde la primera página, pues el primer poema («Cuando abras este libro») ya nos cuenta cómo acaba la historia. Sin embargo, los *spoilers* no desmejoran la lectura, porque de manera muy bien elaborada, Aguilar nos muestra que lo interesante no es el final (que como todas las historias de amor joven, no es optimista) sino el camino.

La falta de puntuación también se entiende durante la lectura de una manera intuitiva. Es claramente una elección consciente de Juan Domingo para presentar la